

TOCAN A CLAMORES

*“Hoy nos dicen las campanas
Que han de llevarse mañana
Al buen Florencio muy serio
Camino del cementerio.”*

Hoy es su turno. Él, que tantas veces hiciera ese mismo camino acompañando a otros a su última morada, hoy es acompañado por su familia y vecinos. Es su adiós.

Supongo que cuando vamos avanzando en edad y vemos morir a nuestros mayores vamos tomando conciencia del valor de la vida. Por el camino recorrido, que nos acerca un poco más a ese mismo destino. Y por lo que perdemos.

Llevamos años leyendo cartas en esta revista en las que familiares, sobre todo hijos y nietos, y amigos, nos dicen que echarán de menos a esa persona que les ayudó a caminar en la vida, que supo estar con ellos y dar color y calor a su existencia.

Vemos que cada persona es de un valor incalculable, para sí mismo y para los que le rodean. Lástima que, las más de las veces, nos damos cuenta demasiado tarde.

Con todo, hay personas que trascienden el nivel personal, las relaciones familiares o cercanas, para convertirse también en figuras populares, no famosas, sino populares, que pertenecen al pueblo, que forman parte de él, como el reloj, la Fuente Vieja o la Ermita.

Durante toda una vida, cada vez que íbamos a la iglesia –y en aquellos tiempos íbamos mu-

cho- escuchábamos el órgano sonar, un órgano alimentado por aire de un enorme fuelle que los niños llenaban dando a una manivela enorme. Florencio lo tocaba, lo reparaba en lo posible, lo afinaba, en lo posible, y aguantaba con paciencia los juegos de los niños a caballo de la manivela, incluso cuando veía que el aire se acababa y nadie le daba.

Nadie imaginaría las novenas sin su órgano, los cantos, la Salve, la típica melodía “un gato se tira a un pozo, un gato se...”, todo ello dirigido por Florencio desde aquel enorme sillón, casi oculto entre los asistentes.

Pero frente a esta faceta simpática, todos los niños –y algunos mayores- temieron su llegada a casa en algún momento, pues eso significaba que estaban enfermos y la visita era para ponerles una inyección. Sacaba de su maletín un pequeño estuche metálico en dos mitades, lo vaciaba y, rellenando una de ellas con alcohol, metía allí la jeringuilla y la aguja y le prendía fuego para esterilizarlas. Acabada la acción venía lo peor, bajarse el pantalón o la falda y...¡pinchazo! La famosa “penicilina” atajaba todos los males en aquellos tiempos.

No menos popular era su faceta de barbero. Por casa pasaban casi todos los hombres y niños

del pueblo y alrededores. Muchos eran diplomáticos e iban cada vez a un barbero –recordemos que también estaba el Lidérico-. Todo ello llevaba consigo charlas de todo tipo, como en las peluquerías de mujeres, pero con otros temas. A mí me hacía especial gracia cuando te echaba un poquito de agua (“colonia”) por el pelo, te peinaba y te decía mientras te quitaba el paño: “Estás guapo”.

Para muchos fue también una solución práctica a muchos pequeños

